

quedado de guardian lo extrañase, porque era la cosa más natural del mundo que un hombre con sus criados se pudiese en camino á la hora que mejor le pareciese salieron de la posada tres ginetes.

Aquellos tres ginetes, cuando salieron de Valladolid, tomaron el camino de Madrigal, picaron á sus caballos, y adelantaron á la carrera.

El que iba adelante, corriendo cuánto podia, era Yhaye-ben-Shariar.

## III.

## IV.

## CAPITULO XVII.

Lo que pasó entre el alcalde don Rodrigo y Mari Galana.

El alcalde, despues de haber dejado en la cárcel bien asegurado con grillos y esposas á Gabriel de Espinosa, en uno de los calabozos más fuertes y más profundos, con orden de que nadie hablase con él ni le preguntase ni contestase á sus preguntas, se volvió ansioso á su casa.

Habia cumplido con su deber, y podia dedicarse á sus asuntos propios.

Con las fuertes impresiones que aquella noche habia experimentado, el dolor que antes de la llegada de la Galana á su casa le aquejaba en la cabeza y en el estómago, habia desaparecido.

## II.

En cuanto entró el alcalde en su casa, se metió en un salon del piso bajo.

Allí hizo que le llevaran á la madre Martina.

Aquella habia estado encerrada tres horas largas en un sótano sin consideracion alguna.

—Mire vuestra señoría si es cristiano tenerme donde me han tenido, dijo la vieja toda dolorida; mire vuestra señoría, las ratas me han roído el manton.

—Aunque os hubieran roído el alma, bribona, no os hubieran roído nada bueno, dijo el alcalde.

—Yo estoy sin culpa por arriba y por abajo, y por todos lados, dijo la vieja.

—Eso vamos á verlo muy pronto, dijo el alcalde; veamos cómo contestais á lo que os voy á preguntar. ¿Cómo se llama la jóven que ha venido con vos?

—La Mari Galana, dijo la vieja; ¡pues vaya, quién no ha oído en Valladolid nombrar á la Mari Galana!

—Mari Galana, dijo el alcalde, es un nombre compuesto de un nombre y de un sobrenombre.

—Yo no comprendo á vuestra señoría, señor alcalde.

—Lo que digo es, que cuando decís que esa jóven se llama Mari Galana, resulta que se llama María, y lo Galana, es un mote que la han puesto.

—Desde qué tenía doce años, por lo hermosa y por lo garrida, dijo la vieja.

—¿Qué edad tiene María?

—Veinte años.

—¿De qué tierra es?

La vieja se quedó mirando turbada al alcalde y no contestó.

—¡Tribaldos! dijo el alcalde.

Presentóse como por arte de magia, por lo listo, en la puerta un alguacil.

—Trae los dos palos y el cordelejo de dar garrotillo dijo el alcalde.

—¡Yo no quiero que me den garrotillo! dijo la vieja chillando de una manera insoportable, sentándose en el suelo, y mesándose los pocos cabellos que tenia.

A esto entró Tribaldos y puso sobre la mesa del alcalde dos pedazos de palo, relucientes por un largo uso, de unas cuatro pulgadas de largo, y una de grueso, á uno de los cuales estaba atado un delgado cordel de cáñamo retorcido. La vieja, al ver aquello, chilló más y más.

—¡Ira de Dios! Si seguís así, despues de haberos hecho declarar dándoos garrotillo, os mando aplicar quinientos azotes y lo que hubiere lugar. ¡Ea! Alzáos y hablad con compostura, y acordáos de que yo soy don Rodrigo de Santillana, á cuyo nombre no hay bravo que no tiemble. Idos, Tribaldos, pero estad prontos para venir en cuanto os llame.

### III.

Quedaron de nuevo solos el alcalde y la vieja, que estaba ya tan suave como si la hubieran dado tormento, por el solo temor de que se lo diesen.

—¿De dónde es natural María? repitió el alcalde.

—Aunque parece española, señor, no es española; es de una tierra que suena así como... necia.

—¿Venecia? dijo con voz cobarde Santillana.

—Sí, eso es, señor, Venecia.

—¿Y cómo ha venido de su tierra María? Ella parece española.

—Como que está aquí desde niña y la he criado yo, dijo la vieja.

—¿Qué edad tenía cuando vino? dijo el alcalde.

—Ocho años, señor.

—¿Quién la trajo?

—Un alférez de los tercios viejos de Italia, que trató muchos años conmigo.

—¿Cómo se llama ese alférez?

—Diego Conchudo.

—¿Dónde está?

—En la tierra de la verdad; como que al año de haber venido de Italia le metieron al revolver de una esquina una por un costado que le salió la punta por el pecho, y no pudo decir Dios me valga siquiera el pobrecito.

Y la vieja hizo un puchero, y añadió con la voz lacrimosa:

—Era mucho lo que le quería, señor, era mucho; me lo mataron á oscuras y á traicion, y no se sabe quién fué el que hizo la maldad.

—¿No sabeis el apellido de María?

—¡El apellido! dijo la vieja como si no hubiera entendido la frase.

—O sois muy taimada, ó muy bozal, dijo impacientándose don Rodrigo; yo me llamo Santillana, porque mi padre y mi abuelo, y mi bisabuelo, y de allí para arriba, eran Santillanas.

—Pues Mari Galana no tiene padre, ni abuelo, ni bisabuelo, ni tatarabuelo: es hija de las malvas; y á mí,

el alférez Conchudo no me dijo ni más ni menos que lo siguiente:—Yo la robé porque me dieran por ella tanto más cuanto; pero la misma noche que la robé, me dieron soplo de que me andaban buscando para ajustarme algo prieto á la garganta, y como no podía volverla á llevar allí á donde la tomé, por no dejarla abandonada, me la traje conmigo, y empecé á rodar, y rodando, rodando, me he encontrado con ella en Valladolid, y no hay más que tenerla como si fuera nuestra hija, y como nuestra hija criarla, Lamparosa; porque ha de saber vuestra señoría, que á mí desde muy joven me llaman la Lamparosa; porque habia yo de estrenar un vestido ó ir con él por en medio de la calle, y el aceite que habia en las alcuzas y en los candiles de las casas, se salia por las ventanas y me caia encima; y por eso, y porque yo llevaba y llevo siempre encima más lámparas que una iglesia mayor, me han llamado y me llaman la madre Martina la Lamparosa.

—Es decir, que sois puerca como vos sola.

—Eso, señor alcalde, no se puede remediar: vá en génius y en encarnaduras.

—Pues mirad, yo creo que teneis más lámparas en el alma que en el cuerpo.

—Andan los tiempos tales, señor, que si echáis un pedazo de honra en la olla, cuando vais á comer os encontráis con agua clara; y no se ha de morir una de hambre, porque digan ó no digan: que de todo el mundo dicen con razon ó sin ella; cuanto más, que de Dios, con ser Dios, dijeron; y ande yo gorda y con peso en la faltriguera, y digan lo que quisieren: que mientras yo no

robe, ni mate, ni levante testimonios, ni blasfemia, y en cumpliendo yo con las ordenanzas, todas las justicias del mundo no pueden conmigo; porque á nadie se le ha azotado, ni se le ha ahorcado, ni se le ha puesto el sambenito porque haya perdido la vergüenza; que la vergüenza es verde, y se la come el burro de la necesidad, y al fin y á la postre se encuentra uno muy bien sin ella, porque la vergüenza es un espantajo que para nada sirve y para todo estorba, y vengan dineros, que todo lo demás es cansarse y pagar moscas.

Charlaba tanto y tan sin concierto la madre Martina, por dos razones: primera, porque tenia un miedo que no la dejaba ver lo que decia, y segunda, porque el alcalde se habia quedado tan ensimismado y tan pensativo, que no oia lo que la madre Martina charlaba tan sin ton ni son.

Pero como volviendo de su distraccion alcanzase á oir las últimas palabras, echó mano á la vara que tenia al lado, y si la madre Martina no se aparta haciéndose atrás rápidamente, de seguro que no lo pasa bien.

—¿Cómo, bellaca, tales cosas os atreveis á decir delante de mí? ¡Vive Dios que no vais á ver más la calle sino por entre rejas!

—¡Ya decia yo que esta muchacha con sus locos amoríos me habia de perder! exclamó la vieja con voz plañidera.

—Decidme todo lo que sepais, si quereis librar algo mejor.

—Pues todo lo que sé, ya lo he dicho á vuestra señoría; quiénes fueron los padres de la Galana, nunca lo

supe; el que pudo saberlo, cerró ya el ojo, y hace mucho tiempo que le han comido la lengua los gusanos; la chica no tiene más nombre que Mari Galana: ella me llama su abuela, y yo la llamo mi nieta; pero no nos tocamos sino como se tocan las guitarras; que ella es moza de partido, ya lo sabe vuestra señoría, y yo no tengo más que decir. Pregúnteme ahora vuestra señoría otra cosa, que yo le diré lo que sepa, y suélteme luego, que yo no he cometido ningun delito, y á mi se me está haciendo injusticia, y esto no lo manda Dios, ni el rey ha dado sus varas á los alcaldes para que apaleen con ellas á los pobres; y esto clama á Dios; yo soy tan buena como la primera, y no digo más.

El alcalde salió de una nueva distraccion y llamó á Tribaldos.

Quando este apareció, le dijo:

—Agarradme esta bruja y sacadla fuera: que uno de los aguaciles la lleve á la cárcel, que la rapen el pelo y las cejas, y la tengan ayunando á pan y agua hasta que yo mandare otra cosa.

No en balde todo el mundo sentia escalofrios cuando oia el nombre de don Rodrigo de Santillana.

Esto consistia en que en aquellos tiempos habia muy mala gente, y en que don Rodrigo, por lo recto y por lo inexorable, era un hombre que habia nacido alcalde de casa y córte.

Tribaldos se llevó á la vieja, que gritaba y chillaba en todos los tonos en cuanto podia gritarse y chillarse, y el alcalde tomó un pliego de papel y escribió lo siguiente debajo de una cruz:

«Señora doña Ana de Austria:—Muy excelentísima señora.—Esta noche he preso por mí mismo en una posada de Valladolid á un tal Gabriel de Espinosa que dice ser pastelero en esa villa de Madrigal, á quién he encontrado unas ricas alhajas, que parecen ser de vuestra excelencia, y que el pastelero dice se las ha dado vuestra excelencia para que venga á venderlas á Valladolid. Suplico á vuestra excelencia respetuosamente me diga si es cierto lo que el tal Gabriel de Espinosa ha dicho, y entretanto él queda en la cárcel, y las alhajas en mi poder á disposicion de vuestra excelencia.—Dios guarde á vuestra excelencia muchos años, como lo desea este respetuoso servidor de vuestra excelencia, que besa sus manos.—De esta casa de vuestra excelencia, en Valladolid, á veinte y ocho de Setiembre de mil quinientos noventa y cuatro.—El alcalde, *D. Rodrigo de Santillana.*»

Cerró el alcalde este pliego y puso en su nena el sobre de doña Ana de Austria.

Tomó luego otro pliego de papel, hizo la cruz indispensable, y escribió lo que sigue:

«Señor don Luis Portocarrero, alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid.—Mi muy estimado y respetable amigo.—En el momento que recibais ésta, os ruego que para el mejor servicio del rey nuestro señor, paseis á la casa que tiene en Madrigal el pastelero Gabriel de Espinosa, y hagais en ella embargo de lo que encontráreis, y prendais á los que en la casa habitaren de continuo, salvo los huéspedes que hubiere en ella, á los que hareis mudar de posada, sino es

ya que os pareciéren sospechosos, que entonces los prendereis. Registrad, y si halláreis papeles, ponedlos bajo un sobre, y enviádmelos con cuanta seguridad y diligencia podais.—Es todo lo que tengo que deciros, señor don Luis, y otra vez más me repito vuestro amigo y os beso las manos.—Guárdeos Dios.—De esta vuestra casa de Valladolid, á veinte y ocho de Setiembre de mil quinientos noventa y cuatro.—*D. Rodrigo de Santillana.*»

Cuando el alcalde hubo cerrado esta segunda carta, llamó á Tribaldos, y le dijo:

—Que Lanzuela monte pronto á caballo, en el tordo flor de lino, que es muy fuerte, y que si pica bien le pondrá en una hora en Madrigal. En cuanto llegue y de órden del rey entregue en propias manos estas cartas á las personas para quienes son, que le contesten en el acto, y que se vuelva á la hora, que bien puede el tordo con este corto viaje de ida y vuelta. Tomad, y que se haga al momento lo que mando.

Y dió las dos cartas á Tribaldos, que salió.

## IV.

El alcalde subió impaciente al piso superior, y llegó á su antecámara.

En ella se estaba paseando el paje que habia dejado de guardia.

—¿Ha habido alguna novedad, hijo Guijarro?

—Ninguna, señor.

—¿Esa jóven, te ha dicho algo?

—Desde que vuestra señoría marchó, no se ha oído ni una mosca en su cámara.

Pues véte á descansar.

Guijarro salió.

El alcalde sacó de un bolsillo la llave de la puerta de su cámara, la abrió y la volvió á cerrar por dentro.

Adelantó, y encontró á Mari Galana sentada en su sillón, con los brazos sobre la mesa y el semblante sobre los brazos.

No dormía, porque en cuanto sintió al alcalde se levantó y adelantó hácia él de una manera violenta.

—¿Le habeis encontrado? dijo con ansiedad.

—Sí, contestó roncamente el alcalde, devorando con los ojos á Mari Galana.

—¿Y qué habeis hecho de él? dijo creciendo en ansiedad la jóven.

—Le he encontrado alhajas, que como tú dijistes muy bien, deben ser robadas, y le he llevado á la cárcel.

—¡Ah! ¡Maldiga Dios la hora en que os he conocido para que á él le suceda una desgracia!

—¡Ah! No digas eso, María, porque acaso Dios ha tenido misericordia de ti trayéndote á mi casa.

Y el alcalde puso sobre su mesa un envoltorio que llevaba debajo del brazo, y al cual se abalanzó instintivamente la Galana.

—¿Qué es esto? dijo.

—Las alhajas que he encontrado en poder de Gabriel de Espinosa, contestó el alcalde desliando el envoltorio y dejando ver á Mari Galana lo que contenía.

—Sí, esas son las joyas que yo ví cuando entré en su

apuesto, dijo la jóven; malditas sean; ellas no: quien se las ha dado.

—¿Era ese hombre tu amante?

—¿Si lo hubiera sido, hubiera venido á delatarle yo?

—Pero tú le amas.

—Porque le amo yo y él me desprecia, he venido á acusarle, loca, fuera de mí; pero lo que yo he dicho no es verdad; era que estaba dolorida, irritada, y queria vengarme; pero él no es ladron; él no es capaz de una bajeza semejante; ¿qué ha respondido él cuando le habeis preguntado acerca de las joyas?

—Que se las habia dado una muy alta persona para venderlas en Valladolid.

—¡Oh! Pues si él lo ha dicho, será verdad; ¿y quién es esa alta persona?

—La señora doña Ana de Austria, dijo el alcalde, sobre el cual influia de tal modo Mari Galana, que no se atrevia á negarla nada, salvo el faltar á la justicia, porque en esto, don Rodrigo de Santillana era inflexible.

—Doña Ana de Austria, la monja, la impura, la hipócrita, exclamó Mari Galana.

Y dándose con la palma de la mano en la frente, dijo como si acabase de recibir una inspiracion:

—Sí, sí; ya sabia yo que él no las habia robado; esas alhajas se las ha dado la monja, porque es su amante.

—¡Su amante!

—Sí; doña Ana de Austria no tiene necesidad alguna de vender joyas, porque es rica; y luego todas las noches, despues de las doce, entraba un hombre embozado, acompañado de un fraile, por la puerta del convento,

por donde se entra á la celda de doña Ana de Austria, y el hombre y el fraile salian antes del amanecer, y decian por el pueblo, que doña Ana de Austria habia tenido dispensacion del Papa, y se habia casado de secreto, no se sabia con quién; y ese hombre debia de ser, si, no tengo duda de ello, Gabriel de Espinosa.

Y el semblante de Galana dejaba ver la expresion colérica de unos celos mortales.

—Mira lo que dices, María, que te está oyendo un alcalde, y no sé por qué me parece que hay un fundamento en lo que dices, y estoy viendo en Gabriel de Espinosa algo que es peor que el que sea ladron.

—Sí, sí, eso es; bien preso está; atormentadle hasta que hable; despedazadle, matadle, exclamó la Galana acreciendo en su despecho.

—Tú estás loca, María, dijo con voz trémula el alcalde.

—Sí, estoy loca de amor y celos.

—¿Por qué amas tanto á ese hombre? dijo con desesperacion Santillana.

—¿Y que sé yo por qué le amo? Porque sí; porque Dios quiere. ¿Pero y vos, por qué preguntais tanto á una mujer como yo? ¿Qué os importa á vos que una miserable moza de partido ame ó no ame, y esté celosa ó desesperada? ¿Os habeis enamorado tambien de mí?

—¡Yo! exclamó con espanto Santillana.

—¿Habeis visto alguna vision mala, dijo la Galana, que así os espantais, ó creéis que os ofendo cuando os pregunto si os habeis enamorado de mí? Pues sabed, que personas tan principales como vos, y tan graves como vos, han estado locas por mis ojos.

—¡Calla, calla, que no sabes lo que dices, ni con quién hablas!

—Con el alcalde de casa y córte que tiene las entrañas más duras del mundo, dijo la Mari Galana; como estoy desesperada y no quiero vivir, os irrito para que me hagais pedazos.

—¡Yo no puedo irritarme contra tí, María; no lo quiere Dios; tú no puedes hacer más que despedazarme el corazon!

—¡Y decís que no estais enamorado de mí! dijo con insolente sarcasmo Mari Galana. ¡Ah! ¡Estos viejos señores, tan severos para todo el mundo, y no pueden ver una muchacha hermosa sin volverse locos!

—Vas á ver cómo puedo yo amarte á tí, dijo el alcalde precipitándose sobre un escritorio, abriéndolo, buscando en él con avidez y con las manos temblorosas, tomando un objeto, y volviendo rápidamente junto á la Galana. ¡Ven! la dijo asiéndola de una mano, llevándola junto á la mesa, y acercando el objeto que en la mano tenia á la luz para que Mari Galana le viese mejor: ¡mira! la dijo con voz profunda, ronca y cavernosa.

La Galana miró el objeto que la mostraba el alcalde. Era un retrato.

Al verle la Galana, lanzó un grito agudo, tembló, y luego dijo arrebatando el retrato al alcalde:

—¡Dadme! ¡Dadme! ¡Que quiero ver bien!

Y fijó en él los ojos con la mirada hambrienta.

De repente, Mari Galana llevó aquel retrato á sus labios, le besó y cayó de rodillas.

El alcalde temblaba todo.

Mari Galana lloraba, besaba el retrato, y murmuraba palabras ininteligibles entre sollozos.

—¡La has reconocido! dijo el alcalde levantándola blandamente.

—¡Oh, sí! dijo la Galana mirando con atonía al alcalde, y tan pálida, que su hermoso semblante, á pesar de ser morena, parecía de mármol estatuario. ¡Sí! ¡Es mi madre!

Y Mari Galana dijo estas palabras en un acento tan bajo, que casi no se percibía.

—¡Sí! ¡Tú madre es esa! dijo con acento opaco el alcalde.

—¿Y por qué teneis en vuestro poder este retrato, señor? dijo con una expresion, con un acento y con una mirada suprema la Galana.

—Porque... porque... yo... fui el primero y el único amante de tu madre.

La Galana se puso más pálida aún; se desencajó su semblante; se extravió su mirada; se abrió su boca en una contraccion de dolor, dejando comprender un grito mudo que habia espirado sin voz; extendió los brazos trémulos hácia el alcalde, y cayó de espaldas sin sentido.

—¡Ah! exclamó don Rodrigo lanzándose á ella para levantarla, besándola en la boca, y llorando por la primera vez de su vida: ¡qué castigo tan horrible, Señor! ¡Por el olvido de un momento, por un momento de locura!

Y levantó á la Galana, la llevó á su lecho y la puso sobre él.

## V.

En aquel momento llamaron á la puerta de la cámara.

El alcalde corrió las cortinas del lecho, dejando oculta dentro de él á su hija.

Entonces el alcalde demostró hasta qué terrible punto tenia dominio sobre sí mismo; porque con un solo esfuerzo, desapareció el padre desventurado, y quedó solo el frio, el severo, el terrible don Rodrigo de Santillana.

Y fué á la puerta y la abrió, apareciendo tras ella el alguacil Tribaldos.

—¿Qué es esto, qué ocurre? dijo Santillana.

—Señor, respondió Tribaldos; el alguacil que se ha quedado de guardia en el meson, ha preso á un hombre que iba preguntando por Gabriel de Espinosa, y al registrarle, le ha encontrado esta carta.

—Dadme, dijo el alcalde; ¿dónde está el hombre que ha sido preso?

—Abajo en el zaguan.

—Bien; decid á mi ama de llaves que venga.

—Tribaldos salió.

## VI.

El alcalde, antes que á ver en qué estado se encontraba María, se fué á su mesa á ver lo que contenia la carta.

Mientras la leía, su semblante se nublaba, y sus ojos